

Saber despedirse a tiempo. En memoria de Aurora Bernárdez y Julio Cortázar

Sebastián Gámez Millán

Con la reciente pérdida de Aurora Bernárdez perdemos a uno de los testigos que más profundamente conoció a Julio Cortázar, su obra y su mundo. Naturalmente, como todo ser humano es poliédrico, perdemos también, incluso antes, a una extraordinaria persona, una mujer valiente y con personalidad, conversadora ingeniosa y aguda, una gran amante y conocedora de la literatura, una traductora de autores como Flaubert, Faulkner, Nabokov, Sartre, Camus o Italo Calvino, entre otros, y una discreta escritora. Pero de ese poliedro de caras que es todo ser humano, permítanme que hoy rescate a la compañera y testigo de la vida y la obra de Julio Cortázar.

Poco a poco desaparecemos las personas, y con nosotros los testigos de otros seres y el tiempo en que vivieron. Llegará el día en que ya no quede nadie vivo que recuerde a Cortázar. Probablemente, con la desaparición de Aurora Bernárdez desaparece una de las personas que más recuerdos debía acumular de Julio Cortázar. Pero afortunadamente todavía contamos con excepcionales testigos no sólo de Julio, sino de ambos:

“Los había conocido a ambos un cuarto de siglo atrás, en casa de un amigo común, en París, y desde entonces, hasta la última vez que los vi juntos, en 1967, en Grecia -donde oficiábamos de traductores, en una conferencia internacional sobre algodón- nunca dejé de maravillarme con el espectáculo que significaba ver y oír conversar a Aurora y Julio, en tándem. Todos los demás parecíamos sobrar. Todo lo que decían era inteligente, culto, divertido, vital. Muchas veces pensé: ¿No pueden ser

siempre así. Esas conversaciones las ensayan, en casa, para deslumbrar luego a los interlocutores con las anécdotas inusitadas, las citas brillantísimas, las bromas que, en el momento oportuno, descargan el clima intelectual´.

Se pasaban los temas el uno al otro como dos consumados acróbatas y con ellos uno no se aburría nunca. La perfecta complicidad, la secreta inteligencia que parecía unirlos era algo que yo admiraba y envidiaba en la pareja tanto como su simpatía, su compromiso con la literatura -que daba la impresión de ser exclusivo, excluyente y total- y su generosidad para con todo el mundo, y sobre todo, los aprendices como yo.

Era difícil determinar quién había leído más y mejor, y cuál de los dos decía cosas más agudas e inesperadas sobre libros y autores”¹.

En la admirable estampa de Vargas Llosa, Aurora Bernárdez no está por debajo de Cortázar: está a su par, era su par. Sólo que se dedicaba a tareas menos visibles que la escritura, como la traducción. Pero por encima de todo era su cómplice: en las lecturas, en las revisiones de sus escritos (ella fue la primera que leyó y lloró con *Rayuela*), en las conversaciones, en la casa, mientras escuchaban música... Hasta tal punto era así que en 1967, tras regresar a Londres después de haber estado en Grecia trabajando como traductor junto con Julio Cortázar y Aurora Bernárdez, Vargas Llosa le dijo a Patricia: `La pareja perfecta existe. Aurora y Julio han sabido realizar ese milagro: un matrimonio feliz´. Pocos días después recibí carta de Julio anunciándome su separación. Creo que nunca me he sentido tan despistado”².

¹ M. Vargas Llosa, “La trompeta de Deyá”, *El País*, 28 de Julio de 1991.

² M. Vargas Llosa, “La trompeta de Deyá”, *El País*, 28 de Julio de 1991. Según la última versión relatada por Vargas Llosa, “recuerdo haberle dicho a Patricia: “El matrimonio perfecto existe, es el de Julio y

“Matrimonio feliz” parece una contradicción en sus términos: o hay “matrimonio” o hay “felicidad”, pero ambas cosas parecen condenadas a no darse nunca juntas. Algunos piensan que “el matrimonio es para el patrimonio, contrato de conveniencia para administrar y transmitir fortunas y, cuando no lo hay, tener hijos”³. El amor, como la felicidad, se oculta detrás de cualquier acción y aparece de repente disfrazado. Así hay quien sufre a causa del amor, pero paradójicamente ello le proporciona felicidad, como si se estuviera salvando gracias al amor. Habría que rastrear y analizar minuciosamente los restos fósiles que hemos heredado del “amor cortés”, presentes en el amor romántico –piénsese en *Don Juan Tenorio*, de José Zorrilla– y que a mi parecer todavía no nos han abandonado.

Incluso hay quienes sostienen que “amor feliz” es ya una contradicción en sus términos, ¿cuánto más no lo será el “matrimonio feliz”? Pues el matrimonio no ha estado siempre vinculado al sentimiento de amor, como acostumbran a creer las generaciones sin suficiente perspectiva histórica. Pero frente a este extraño fenómeno no hay que descartar la hipótesis a la que apuntaba Wislawa Szymborska: quienes desconocen el amor feliz sostienen que no existe en ningún lugar del mundo, pues “con esa fe les será más fácil vivir y morir”⁴.

Vargas Llosa es tan inteligente que no lo dice, pero lo sugiere: si se separan es que ya no se aman. Pero esta interpretación psicológica tan recurrente, aunque puede ser cierta en multitud de ocasiones, en algunas no lo es. Los que se aman pueden separarse justamente para que el deseo no

Aurora, no he visto nunca una inteligencia y compenetración igual en ninguna pareja. Tenemos que aprender de ellos, imitarlos”, en M. Vargas Llosa, “La muerte de Aurora”, *El País*, 16 de Noviembre de 2014, p. 45. Se ve que no sólo nuestros recuerdos se transforman, sino también nuestros relatos, y con ellos nuestros propios recuerdos.

³ L. Racionero, *Sobrevivir a un gran amor, seis veces*, Barcelona, RBA, 2009, p. 266.

⁴ W. Szymborska, “Amor feliz”, en *Paisaje con grano de arena*, trad. Jerzy Slawominski y Ana María Moix, Barcelona, Lumen, 1997, p. 94.

desaparezca en ellos, como de forma accidental sucede en aquel memorable poema de Kavafis, “Antes de que el tiempo lo cambie”:

“Grande fue su dolor cuando tuvieron que separarse.
No querían; pero así fueron las circunstancias.
La necesidad obligó a uno de ellos
a irse lejos –New York o Canadá.
Su amor no era ya ciertamente lo que antes había sido;
porque el deseo lentamente fue a menos,
porque el deseo lentamente moría.
Pero separarse, ninguno lo quería.
Las circunstancias obligaban.
Quizás convertido en artista
el destino ahora los separaba con emoción,
antes de que el tiempo los hubiera cambiado;
el uno para el otro serían como habían sido,
los bellos muchachos de veinticuatro años”⁵.

¿No es esto lo que de otro modo pero igual y siempre diferente sucede en *Casablanca* (1942), de Michael Curtiz, en *The Bridges of Madison County* (1995), de Clint Eastwood, en *In the Mood for Love* (2000), de Wong Kar Wai, o en *Lost in Translation* (2003), de Sofía Coppola? Y en poemas y canciones y libros y películas que todavía no se han hecho pero se harán, porque acaso sólo los amores frustrados que se distancian a tiempo perduran vívidos como una fruta lejana e inagotable. ¿Distanciarse a tiempo de qué, se preguntará quizá alguien? A tiempo de que el amor nos sobreviva.

Precisamente, después de que Aurora Bernárdez y Julio Cortázar decidieran separarse –al parecer, si es que el deseo no se había consumado, por motivos ideológicos y políticos, tras su viaje a Cuba en 1963–, Aurora no sólo siguió siendo su amiga, sino que además le dejó su casa de Mallorca a él y a Carol Dunlop, la tercera y última mujer que convivió con

⁵ K. Kavafis, *Poesías completas*, trad. José María Álvarez, Madrid, Hiperión, 1997, p. 138.

el escritor. Hay quienes afirman que “fue capaz de sobrellevar, ayudándolo de paso, los dos matrimonios subsiguientes”⁶.

Y cuando él enfermó de leucemia, habiendo fallecido ya Carol, fue Aurora quien cuidó de Julio, con una amorosa entrega que a veces roza la locura, si es que amor y locura no conviven con cierta frecuencia, pues como le confesó en un par de ocasiones a un amigo común: “Si hubiese tenido el sida, yo lo habría contraído”⁷. Y cuando murió Julio, fue Aurora la que cuidó su despedida, y no pudiendo ya cuidar del hombre, cuidó su biblioteca y la publicación de sus obras.

A mediados de los años cincuenta, Aurora Bernárdez y Julio Cortázar emprendieron un largo viaje por Italia. Viajaban en tren, y en los quioscos de las estaciones compraban ediciones baratas de libros que leían juntos durante los trayectos. Tenían la costumbre de arrancar las páginas que iban leyendo: Julio de las pasaba a Aurora, y Aurora las tiraba por las ventanillas. ¿Por dónde habrán volado esas hojas? ¿Qué habrá sido de ellas?

En toda vida humana, por expuesta a lo público que se encuentre, hay lugares en sombra que desconocemos y moriremos sin conocerlos, incluidos lugares en sombra de nuestra propia biografía, claro está. Pero ahora que nos ha abandonado el otro que conservaba tantos recuerdos del uno, así es como quiero rememorar a Julio Cortázar y Aurora Bernárdez, viajando alrededor del mundo o alrededor de los ochenta mundos del día, leyendo, conversando sin descanso, escuchando música, siendo eternamente jóvenes.

⁶ Julio Ortega, “Aurora, boreal”, *El País, Babelia*, 15/11/2014, p. 9.

⁷ Julio Ortega, “Aurora, boreal”, *El País, Babelia*, 15/11/2014, p. 9.